

LOS ORÍGENES ICONOGRÁFICOS DEL DRAGÓN MEDIEVAL

MIGUEL ÁNGEL ELVIRA

RESUMEN

En este artículo se hace un estudio del concepto iconográfico del dragón dentro de la imagerie artística. Encontramos una paulatina evolución de la bestia desde la concepción bíblica a su culminación como la figura que se conoce en la Edad Media.

Palabras clave: Iconografía, dragón, concepción bíblica, Edad Media.

ABSTRACT

In this article the author analyses the iconographic concept of the dragon within the scope of artistic imagery. He finds a gradual evolution in the shape the beast has, from the biblical conception to its culmination as the image known in the Middle Ages.

Key words: Iconographic, dragon, biblical conception, Middle Ages.

De entre los animales del bestiario, sin duda es el dragón el que presenta más problemas para el estudioso de zoología fantástica: su oscuro origen —casi por generación espontánea—, su compleja taxonomía, su evolución desordenada, con acentuado polimorfismo en subespecies y

razas, y su asombrosa expansión por tierras y mares, convierten este ser, así como su estudio, en algo profundamente seductor a la par que inquietante¹.

El comienzo de la existencia del dragón se centra en su nombre: *drákon* en griego, *draco* en latín, de donde derivarán, con escasas variantes, todas las denominaciones comunes en las lenguas europeas (dragón, dragon, Drache, dragão, dragone, drac, etc.). Resulta asombroso que, bajo palabra tan inmutable, fluya y palpite una realidad visual tan variante y sujeta a metamorfosis.

Si a un griego, a un romano o a una persona culta de la Antigüedad Tardía —e incluso del siglo VIII— se le preguntase qué aspecto tiene un dragón, su respuesta sería clara y unívoca: un dragón es un tipo de serpiente. Habría quien dijese que la palabra «dragón» ha de aplicarse a las serpientes que aparecen en un contexto religioso; o, por el contrario, quien nos hablase de dos tipos de dragones —uno terrestre y otro marino—, que se distiguen de las demás culebras por su enorme tamaño; pero eso es todo².

Quizá, si aún se insistiese más, inquiriendo sobre ciertas deformidades del dragón, y reparando el arte antiguo para ver si, anatómicamente, el dragón es algo más que una serpiente común gigantesca, podría descubrirse que, según ciertos artistas, hay serpientes —o dragones— que se adornan con aditamentos tales como orejas, cuernos, cresta, barba, varias cabezas, y hasta, en casos aislados, con magníficas alas de ave (recuérdense las serpientes que llevan el carro de Medea en ciertos sarcófagos), o con la extraña melena que colocó Apolonio de Tiana a su serpiente adivina Glicón.

Sin embargo, ahí se detiene la fantasía de los antiguos: por lo común, sólo uno o dos de estos elementos antinaturales adornan el cráneo o las espiras de la sierpe, y, aunque también es posible ver cómo sus facciones se transforman en una cabeza de cuadrúpedo o de pájaro, lo que nunca aparece, desde luego, es el menor esbozo de patas, ni, por tanto, un engrosamiento del cuerpo para poderlas engarzar en él mediante hombros o caderas.

LAS ETIMOLOGÍAS Y EL BEOWULF

En este contexto, no cabe duda de que corresponde morfológicamente a un ofidio la descripción que hace San Isidoro en sus *Etimologías*: «El dragón es la mayor de todas las serpientes, e incluso de todos los animales que habitan en la tierra... Con frecuencia, saliendo de sus cavernas, se remonta por los aires y por su causa se producen ciclones. Está dotado de cresta, tiene la boca pequeña, y unos estrechos conductos por los que respira y saca la lengua. Pero su fuerza no radica en los dientes, sino en la cola, y produce más daño cuando la emplea a modo de látigo que cuando se sirve de su boca para morder. Es inofensivo en cuanto al veneno, puesto que no tiene necesidad de él para provocar la muerte: mata siempre asfixiando a su víctima. Ni siquiera el elefante, a pesar de su magnitud, está a salvo del dragón: éste se esconde al acecho cerca de los caminos por los que suelen transitar los elefantes, y se enrosca a sus patas para hacerlos perecer por asfixia. Se crían en Etiopía y en la India, viviendo en el calor en medio del incendio que provocan en las montañas (XII, 4, 4-5)».

1 Como estudios generales, véanse: *Lexikon der christlichen Ikonographie*, Rom, etc., 1968, s.v. «Drache», col. 516-523; *Lexikon des Mittelalters*, Zürich/München, 1986, III, s.v. «Drache», col. 1339-1346.

2 Sobre el dragón en la Antigüedad, véase DAREMBERG, Ch. y SAGLIO, E.: *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, Paris, 1892, T. II, I, s.v. «Draco», pp. 403-414.

Las líneas que acabamos de transcribir en la traducción de J. Oroz y M.A. Marcos³ constituyen un buen resumen de lo que habían dicho sobre los dragones los naturalistas antiguos (Plinio, *N.H.*, 8, 11; Solino, *Coll.rer.mem.*, 38), y servirán de fuente básica para los posteriores bestiaros en latín o en lenguas romances⁴. Pero también tienen interés otros datos que, en párrafos diversos y como de paso, nos proporcionan las propias *Etimologías*: así, nos enteramos de que existe un «dragón marino» (XII, 6, 42) —de escaso éxito en la literatura posterior— y de que hay dragones terrestres en Mauritania Tingitana (XIV, 5, 12), en Ethiopia (XIV, 5, 15) y en la India (XIV, 3, 7), aparte del que vigilaba las manzanas de oro en las Islas de las Hespérides (XIV, 6, 10). Su afición por guardar, e incluso por contener tesoros, queda manifiesta en la leyenda de una piedra preciosa, la *dracontites*: esta gema, según San Isidoro, «se extrae del cerebro del dragón. Ahora bien, la gema no llega a formarse a no ser que se le corte la cabeza cuando todavía está vivo; por eso los magos decapitan a los dragones cuando éstos están dormidos. Hay hombres audaces que exploran las guaridas de los dragones, en las que esparcen hierbas drogadas para provocar el sueño del dragón, y así, cuando está dormido, le cortan la cabeza y extraen de ella las gemas. Son de un brillo transparente. Sobre todo los reyes de Oriente se ufanan de que disfrutan de ellas (XVI, 14, 7)».

Fácil es de comprender que un ser de tales características apareciese cargado, y aun sobrecargado de sugerencias: es enorme, está íntimamente unido a la tempestad y al incendio, habita cavernas de países exóticos y guarda tesoros, concentrando además la carga maléfica de su poder letal. Pero, por si fuese poco, de un campo ajeno al de los naturalistas le vienen otras connotaciones aún más negativas: la Biblia lo presentaba como símbolo del mal y del demonio, y los Santos Padres insistían constantemente en la misma idea⁵. Para las mentes paleocristianas era imposible dejar de fundir las visiones zoológica y doctrinal: para el fiel, el dragón concentra toda la brutalidad de los elementos naturales desencadenados (tierra, aire, fuego, acaso agua), y se presenta como el obstáculo para hallar el bien; constituye por tanto un símbolo vivo de la fuerza animal de la materia con la que debe enfrentarse el espíritu para hallar el tesoro del Bien y de la Salvación.

Fruto de esta mentalidad, las distintas versiones del *Fisiólogo*, ese bestiario primitivo compuesto a partir del siglo II d.C., se ocupan del dragón tan sólo en cuanto enemigo perverso de distintos animales considerados positivos. En diversos pasajes, asistimos a sus derrotas contra el *ichneumon*, que le vence ocultándose en el barro; o a su odio y miedo frente a la pantera, cuyo rugido y cuyo perfume le aterran; o a sus asechanzas para matar a las palomas de cierto árbol de la India, cuya sombra le atemoriza; o a su odio por el elefante, que obliga a la hembra del

3 ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías*, Madrid, 1982 (tomo I) y 1983 (tomo II).

4 Al final del presente artículo volveremos a referirnos a los bestiaros. Por ahora, basta recordar que autores como Hrabano Mauro, del siglo IX (Migne, *P.L.* 111, p. 229), y Pseudo-Hugo de S. Victor, del siglo XII (Migne, *P.L.* 177, p. 71), siguen al pie de la letra a San Isidoro.

5 Sobre la visión paleocristiana del dragón, véase CABROL, F. y LECLERCQ, H.: *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie*, Paris, 1921, IV, s.v. «Dragon», col. 1537-1540. Las obras de arte aducidas en este diccionario no representan, sin embargo, dragones, sino grifos. Para los textos bíblicos y de los Santos Padres sobre el dragón, véase el *Lexikon der christlichen Ikonographie* (*op.cit.* en nota 1), col. 517.

proboscidio a parir dentro del agua para evitar sus ataques⁶. Es un ser tan perverso, en una palabra, que debe considerársele el enemigo perfecto a batir por los hombres valientes y virtuosos.

Un paso de importancia en este sentido, a la vez que una recuperación de enfrentamientos míticos antiguos, es el que presenciamos, por ejemplo, en el poema de Beowulf, del siglo VIII. Así como Apolo o Jasón se enfrentaron a terribles serpientes, Beowulf acomete al dragón que, sobre un alto túmulo, defiende un tesoro. Por muchos conceptos, el animal se parece al descrito por San Isidoro —es «el nocturno enemigo, el reptil fogueante que hurga las tumbas, el torvo dragón que en las noches revuela entre llamas horribles»—, pero se refuerza con armas nuevas —vomita «cálidas llamas y pútrido aliento», es capaz de morder y de inocular veneno—, y, sobre todo, ve recalcado su sentido moral: es perverso, y causa males sin cuento a las gentes que habitan en su entorno y al monarca que las rige⁷.

Nada en el poema anglosajón permite suponer que su autor hubiese dejado de concebir el dragón como una gran serpiente⁸, pero es probable que su bestia, infinitamente mejor dotada para la lucha que la serpiente Pitón y sus congéneres, sugiriese en muchos oyentes una mayor complejidad anatómica, un escalón más en la evolución de la especie. Al fin y al cabo, nadie había visto el dragón-serpiente recordado por la tradición, y su iconografía, por lo demás, debía de resultar escasa en una época muy pobre en imágenes accesibles. Por otra parte, aunque la Biblia y sus comentaristas insistían también en la equivalencia «serpiente-dragón»⁹, a la vez sugerían el carácter monstruoso del animal al describirse en el *Apocalipsis*, por ejemplo, «un gran dragón rosado que tenía siete cabezas y diez cuernos y siete coronas en cada una de sus cabezas (12, 3)».

Además, hubo de contar una razón de gran peso psicológico: en sus combates, el dragón se presenta como un animal fuerte y poderoso; por tanto, hay tendencia a imaginarlo de cierta altura, y no oculto entre la maleza como la cautelosa serpiente. Si a eso se añaden sus revoloteos aéreos, que sugieren, como es lógico, su carácter alado, parece abrirse sin dificultad el paso para una revolución iconográfica de nuestro animal.

EL DRAGÓN PRECAROLINGIO

Sin embargo, esta revolución surgió, según parece deducirse de los datos que conocemos, por un cauce muy peculiar. La nueva iconografía del dragón nació, en efecto, en un campo

6 Para diferentes versiones griegas del *Fisiólogo*, véanse O. Seel, *Der Physiologus*, Zürich/Stuttgart, 1960, y SEBASTIÁN, S.: *El Fisiólogo atribuido a San Epifanio*, Madrid, 1986. Una versión latina aparece recogida en GUGLIELMI, N.: *El Fisiólogo. Bestiario medieval*, Buenos Aires, 1971. Entre los bestiarios medievales, uno de los que siguen más de cerca un *Fisiólogo* latino es el *Bestiario de P. de Beauvais* (véase en G. Bianciotti (ed.), *Bestiaires du Moyen Age*, Paris, 1980). Interesa, como síntesis, el artículo de I. Malaxecheverría, «El drac en el bestiari medieval», en *El drac en la cultura medieval*, Barcelona, 1987, pp. 47-73.

7 En castellano pueden consultarse dos traducciones del *Beowulf*: la de O. Vera Pérez (Madrid, 1962) y la de L. Lerate (Barcelona, 1974). La traducción por este último de parte del pasaje que relata el combate contra el dragón aparece reproducida en *El drac en la cultura medieval* (op. cit. en nota 6), pp. 107-108.

8 Incluso hay ciertos datos que permiten pensar más bien en un ofidio: según el v. 2569, «la bestia fiera se arrastra rápida y enroscada se lanzaba contra él», y, según el v. 2707, el héroe no degolló al animal, sino que «cortó la serpiente por la mitad».

9 Así, en el pasaje del *Apocalipsis* donde se relata el combate de San Miguel y los ángeles contra el dragón, éste es llamado «el dragón grande, la antigua serpiente, llamada Diablo y Satanás» (12, 7-9).

artístico ajeno a las ilustraciones de la Biblia, del bestiario o de los cantares de gesta, ajeno incluso a toda temática narrativa: será en los entrelazos figurados que decoran varios manuscritos u otros objetos del siglo VIII donde, por primera vez, haga su aparición el nuevo monstruo.

Por curioso que resulte, parece que la vía hacia la formación del dragón medieval se esboza simultáneamente en dos regiones bien diversas: el sur de Francia e Italia, por un lado, y las Islas Británicas, por el otro. En la primera de estas zonas, podemos mencionar un manuscrito italiano con las obras de Euquerio de Lyon, fechado en torno al 750, que muestra en algunas iniciales curiosos seres dragoniformes aún no totalmente formados¹⁰; también cabe recordar, en el Museo Lapidario de Narbona, una placa ornamental de fecha incierta, en la que parece mover su triste corpachón un gran monstruo bípedo, de cola en espiral y pesado morro, con una especie de cresta (o de ala esquemática) sobre la espalda¹¹. Ahora bien, ¿podemos asegurar que se trata de un dragón?

Más segura es la vía creativa que recorren Irlanda e Inglaterra. Allí, en el hormigueo de trazos sinuosos que se anudaban desde siglos antes siguiendo viejas tradiciones nórdicas, se multiplican estilizaciones filiformes de cuadrúpedos y de aves¹²; y allí, en un momento concreto a fines del siglo VIII, algún miniaturista ensaya, junto a otras ideas, la de colocar en un extremo de un trazo una cabeza de cuadrúpedo, y, a lo largo de la línea, un par de alas o de patas: estamos ante lo que vamos a llamar propiamente un «dragoniforme», un embrión gráfico de nuestro monstruo.

Para explicar con ejemplos concretos esta evolución teórica, podríamos tomar como punto de partida los entrelazos figurados del conocido Libro de Kells, que, aunque miniado hacia el 800, puede ser considerado como la síntesis de toda una tradición figurativa anterior. En varias miniaturas de esta obra irlandesa —tomemos por ejemplo la que representa a Jesús con el libro¹³— se multiplican en los márgenes trazos en espiral rematados con cabezas y provistos de patas; si se analizan muy bien, revelan su carácter de simples aves con pico y alas o de mamíferos cuadrúpedos estilizados, pero la impresión que dan a primera vista les hace parecer reptiles.

El paso de esta impresión a la realidad concreta del «dragoniforme», reptil bípedo, podemos ejemplificarlo en una cubierta de libro realizada en plata y atribuible también a un taller irlandés de fines del siglo VIII (figura 1). Aquí, en los entrelazos que encuadran la gran cruz central, se

10 ZIMMERMANN, E.H.: *Vorkarolingische Miniaturen*, Berlín, 1916, lám. 23c y 24a.

11 Véase en PALOL, P. de y RIPOLL, G.: *Los godos en el occidente europeo*, Madrid, 1988, il. 30.

12 Aparte de los ejemplos que presenta el Libro de Kells, al que inmediatamente haremos referencia en el texto, pueden citarse, sin ánimo de ser exhaustivos, el Libro de Durrow, del siglo VII (SWEENEY, J.J.: *Manuscritos irlandeses primitivos*, México/Buenos Aires, 1965, fig. 7; DURLIAT, M.: *Des barbares à l'an mil*, Paris, 1985, lám. 34; *Evangeliorum Quattuor Codex Durmachensis*, Lausanne, etc., 1960, fol. 192v; ZIMMERMANN, E.H.: *op. cit.* en nota 10, lám. 134a), o el Evangelionario de Lindisfarne, de h. 700 (véanse varias miniaturas en *Evangeliorum Quattuor Codex Lindisfarnensis*, Lausanne, etc., 1956; ZIMMERMANN, E.H.: *op. cit.* en nota 10, lám. 223 ss.; BUSCH, H. y LOHSE, B.: *El Prerrománico y sus raíces*, Madrid, 1968, fig. 85; DURLIAT, M.: *op. cit.*, lám. 33 y figs. 283-284), o el Evangelionario de Lichfield (DURLIAT, M.: *op. cit.*, lám. 38; Zimmermann, E.H.: *op. cit.* en nota 10, lám. 245 ss.). En escultura puede citarse, por ejemplo, el fragmento de friso en relieve de la iglesia de San Juan de Mústair (HUBERT, J.; PORCHER, J. y VOLBACH, W.F.: *L'Empire Carolingien*, Paris, 1968, fig. 261).

13 Véase, por ejemplo, en MILICUA, J. (dir.): *Historia Universal del Arte*, vol. III, Barcelona, 1989, fig. 612, o en DURLIAT, M.: *op. cit.* en nota 12, fig. 286. Sobre este libro en general, véanse *The Book of Kells*, London, 1974, o ZIMMERMANN, E.H.: *op. cit.* en nota 10, lám. 168 ss.

retuercen y anudan todo tipo de lagartos con dos patas y con cabezas de los animales más variados (cánido, cabra, saurio, etc.)¹⁴.

Para ver superada esta indefinición de la cabeza, y para, a la vez, contemplar la aparición de unas alas en los costados del animal, no hemos de alejarnos de esta época y ambiente, pues nos basta abrir el manuscrito Barberini Lat. 570 de la Biblioteca Apostólica Vaticana o el Evangelionario de Cutbercht (Salisb. 32): en la tabla de cánones y en la miniatura de San Mateo del primero¹⁵ (figura 2), así como en varios frisos del segundo¹⁶, aparecen ya dragones perfectamente conformados, aunque puramente decorativos: su cabeza de cánido, con o sin cresta, remata un largo y flexible cuello; el cuerpo se ensancha en la base de este cuello para permitir la articulación de unas alas de ave y de unas patas que, más o menos largas, pueden calificarse también como propias de un cánido o de un felino; y el cuerpo concluye afinándose en una larga cola que, al parecer, lleva en su punta un adorno. Caben variantes —hay dragones sin alas, y las cabezas son tan diversas como las de perros de distintas razas—, pero la coherencia del animal, dentro de su carácter fantástico, resulta manifiesta.

Si insistimos tanto en ciertos detalles iconográficos del dragón desde los comienzos de su aparición en el arte medieval, es porque importa definir bien este punto antes de proseguir nuestro estudio: en efecto, hay que distinguir claramente nuestro animal de otros monstruos con los que a veces lo confunde una observación apresurada. El dragón, siempre reptil, no tiene nada que ver con el basilisco, ave en forma de gallo que adquiere a menudo cola de serpiente, ni con el grifo, siempre con cuerpo de mamífero, ni con el *cetos*, «ballena» mítica y multiforme con un cuerpo que se inspira más bien en el de una foca o una anguila¹⁷.

El dragón carolingio

A pesar de la ya señalada presencia de animales dragoniformes en el sur del imperio de Carlomagno, parece indudable que el arte carolingio oficial, con todas sus ramificaciones, se inclinó por el naciente dragón británico, y que cabe atribuirle un doble honor: el de su introducción en el continente y el de su liberación del carácter puramente decorativo con el que había nacido en las islas.

14 Véase en BUSCH, H. y LOHSE, B.: *op. cit.* en nota 12, fig. 78, o en DURLIAT, M.: *op. cit.* en nota 12, fig. 357. «Dragoniformes» de este tipo pueden verse en el Evangelionario de Canterbury conservado en el British Museum (Royal IE VI), obra inglesa de 775-800 (ZIMMERMANN, E.H.: *op. cit.* en nota 10, lám. 290 y 291a), o en el Evangelionario inglés de San Petersburgo (lat.F.v.I.N.8), del tercer cuarto del siglo VIII (*ibidem*, láms. 321-326), aunque en esta última obra ya empiezan a esbozarse las alas de los dragones.

15 Véase ALEXANDER, J.J.G.: *Insular Manuscripts. 6th to the 9th Century*, London, 1978, figs. 173 y 178, o ZIMMERMANN, E.H.: *op. cit.* en nota 10, láms. 313-317.

16 Véase HERMANN, H.J.: *Die frühmittelalterlichen Handschriften des Abendlandes*, Leipzig, 1923, lám. XII y XIII,1, o ZIMMERMANN, E.H.: *op. cit.* en nota 10, láms. 297-304.

17 Son muy numerosas las dudas y errores que aparecen en la bibliografía por no identificarse correctamente cada monstruo. Aparte del caso ya señalado en nuestra nota 5, podríamos citar, a título de ejemplo, los peces con patas que adornan el Ciborio de Calixto en Cividale (véase en M. Durliat, *op. cit.* en nota 12, fig. 236, o en BOZZI, M. *et alii*, *Les Lombards*, ed. Zodiaque, 1981, p. 35): estos monstruos lombardos de med. s. VIII no pueden ser identificados con dragones, como a veces se ha hecho: posiblemente quieran representar *cetoi* con una iconografía muy libre e imaginativa. En este supuesto, se vincularían estrechamente al sarcófago de Theodata (h. 750), conservado en el Museo de Pavía: también aquí aparecen dos *cetoi*, éstos con iconografía clásica —en su variante con prótomo leonino y alas—, y también en este caso han sido confundidos con dragones alguna vez (KÜPPERS-SONNENBERG, G.A. *et alii*: *Flecht- und Knotenornamentik. Mosaiken (Teurnia und Otranto)*, Klagenfurt/Bonn, 1972, fig. 6).

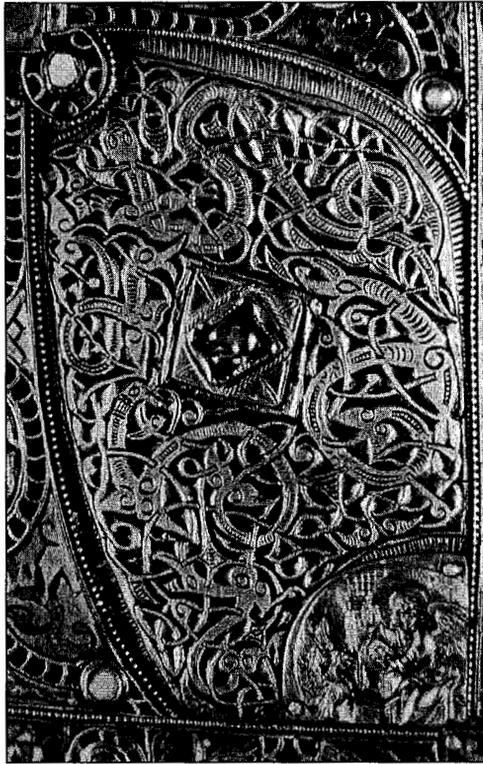


FIGURA 1. *Cubierta del libro de Lindau. Obra irlandesa de fines del s. VIII.*

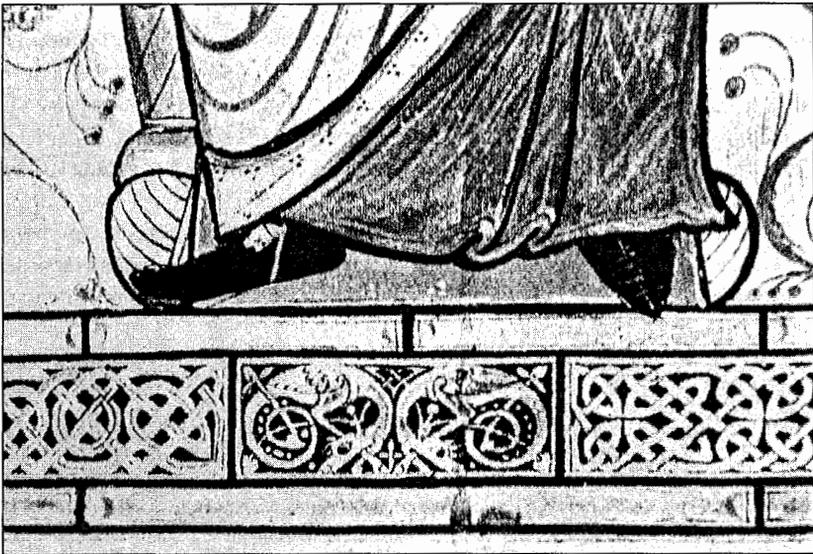


FIGURA 2. *Detalle de San Mateo en el manuscrito Barberini Lat. 570 (fines del s. VIII).*

En ese sentido, cabe comparar tres obras fechables hacia el año 800 o muy a principios del siglo IX. El manuscrito Tib.C.II del British Museum, iluminado en Canterbury, nos muestra dragones retorciéndose y saltando, pero aún apresados por las iniciales que les dan vida y razón de ser¹⁸. Lo mismo ocurre en la Gramática Latina Codex 207 de la Biblioteca de Berna¹⁹, obra ya realizada en Francia. Y, finalmente, los Evangelios de Hincmar, de Hautvilliers (hoy en la Biblioteca Municipal de Reims)²⁰, muestran ya dragones libres, que corren, vuelan o se encabritan sobre los frontones que coronan las tablas de cánones (figura 3).

Estos Evangelios de Hincmar muestran varios puntos de interés. Así, si alguien quisiese aducir que los monstruos aquí representados son simplemente decorativos, como todos los citados hasta ahora, y que el único avance —la liberación de los entrelazos— no es sino el efecto del gusto clasicista carolingio, se podría fácilmente refutar su tesis: varios de los monstruos escupen ostentosamente fuego, e intentan atacar a una paloma; no cabe alusión más directa a los conocidos mitos naturalistas sobre el dragón, ni prueba más clara de que el artista, con toda seguridad, quiso identificar así sus reptiles.

En segundo lugar, cabe advertir la evidencia de que los dragones de estos Evangelios de Hincmar son anatómicamente muy diversos: sin dejar de ser dragones todos ellos, los hay bípedos con alas, bípedos sin alas y alados sin patas. Esta diversidad constituye, sin duda alguna, la característica fundamental de lo que podríamos llamar «dragón carolingio».

Cualquiera que sea su forma, el dragón es ya libre, está bien identificado, y puede por tanto empezar a insertarse en escenas hagiográficas, míticas o bíblicas que hasta entonces monopolizaba el «dragón-serpiente». En los últimos años del reinado de Carlomagno, lo hallamos ya combatiendo con garras y dientes contra San Miguel en la placa de marfil retallada del Díptico de Severus, conservada hoy en la Stadtbibliothek de Leipzig²¹. Sus formas pueden ser algo fantásticas —lleva una cresta en forma de cimera, y sus alas han quedado reducidas a un relieve en espiral sobre el lomo—, pero ya ha alcanzado el centro de su destino iconográfico: el de servir de enemigo vencido para un ser antropomorfo —ángel, caballero o héroe— que encarne el Bien.

Durante el siglo y medio largo de crisis que sigue al reinado de Carlomagno, las artes se caracterizan por el mantenimiento degenerado y enrarecido de la tradición carolingia. Por tanto, no nos extraña ver cómo, en este contexto, el dragón se limita a encerrarse en las vías ya trazadas, ahondando en ellas cuando puede. No son muchas sus representaciones, desde luego, pero de ellas parece deducirse que se conserva la diversidad de razas ya señalada: sólo el dragón con alas y sin patas tiende a extinguirse.

El grupo más numeroso parece ser, aunque con dudas, el compuesto por los dragones bípedos y sin alas: por citar sólo dos ejemplos cronológicamente alejados, recordaremos el monstruo colocado a los pies de Cristo en la cubierta ebúrnea de un libro procedente de Lorsch

18 BOECKLER, A.: *Abendländische Miniaturen*, Berlin/Leipzig, 1930, lám. 14; ZIMMERMANN, E.H.: *op. cit.* en nota 10, lám. 292.

19 HOMBURGER, O.: *Die illustrierten Handschriften der Burgerbibliothek Bern*, Bern, 1962, p. 32 ss.; véase, por ej., lám. XI, fig. 25. Algo parecido puede decirse de alguna inicial del Evangelionario de Oxford (Bodleian Library Douce Ms. 176), realizado en la Francia nordoriental h.800 (ZIMMERMANN, E.H.: *op. cit.* en nota 10, lám. 142).

20 HUBERT, J. *et alii*: *op.cit.* en nota 12, figs. 101-103; BOINET, A.: *La miniature carolingienne*, Paris, 1913, láms. LXXV-LXXVI (aquí se le llama Evangelionario de Saint-Thierry de Reims).

21 VOLBACH, W.F.: *Avori di scuola ravennate nel V e VI secolo*, Ravenna, 1977, n° 4 y n° 222, fig. 4; DURLIAT, M.: *op. cit.* en nota 12, fig. 456.

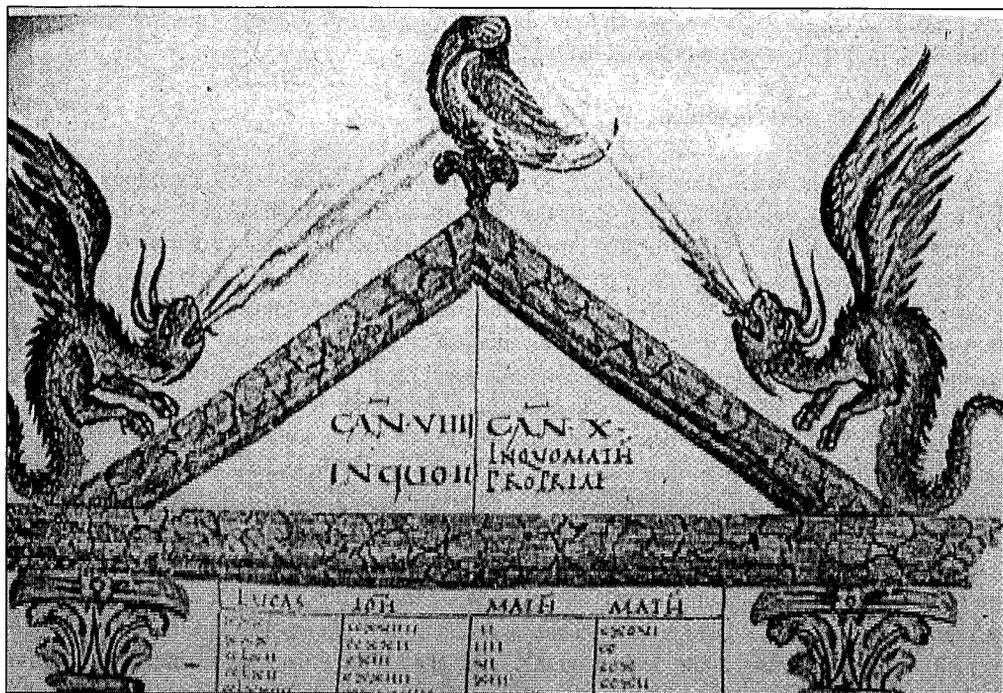


FIGURA 3. Tabla de cánones de los Evangelios de Hincmar (h. 800).

(princ. s. IX)²² y, ya en la segunda mitad del siglo X, el que aparece en la escena de Adán y Eva en el Génesis de Junius²³. Sin embargo, también cabe recordar un cierto número de dragones bípedos y alados, como el que se enfrenta a una fiera en la decoración del Salterio de Corbie²⁴.

El conservadurismo iconográfico de este periodo tiene además otro efecto negativo sobre el dragón medieval: pese a su carácter ágil y poderoso, el monstruo se muestra incapaz de desplazar de su preeminencia al «dragón-serpiente», que conserva la adhesión de los artistas. No deja de ser sintomático, a este respecto, que llegue a imponerse un «dragón-serpiente» alado, sin engrosamiento en la zona central del cuerpo, que recuerda directamente viejos motivos del

22 Hoy se conserva en la Biblioteca Apostólica Vaticana. Véase en BUSCH, H. y LOHSE, B.: *op. cit.* en nota 12, lám. 110. Dragones comparables, y de la misma época, aparecen en el Evangelio de Loisel (Bibl. Nat. de París, nat.lat.17968; véase en BOINET, A.: *op. cit.* en nota 20, lám. LXXIII), el Apocalipsis de Valenciennes (*ibidem*, lám. CLIX) o el Cod. 20 de la Stiftbibliothek de St. Gallen (MERTON, A.: *Die Buchmalerei in St. Gallen*, Leipzig, 1923, lám. III).

23 Este manuscrito se conserva en la Bodleian Library de Oxford. Véase en RINGBOM, L.I.: *Grabtempel und Paradies*, Stockholm, 1951, p. 354, fig. 98.

24 Véase en GUTBROD, J.: *Die Initiale*, Stuttgart, etc., 1965, p. 133, fig. 87; es obra del siglo IX. Pueden verse dragones de este tipo en diversas obras, como la Fíbula Fuller, pieza anglosajona de h. 850 conservada en el British Museum (MILICUA, J. (dir.): *op. cit.* en nota 13, p. 338, fig. 696), la placa metálica del Evangelio de Poussay, del siglo IX (GISCHIA, L. y MAZANOD, L.: *Les arts primitifs français*, Paris, 1953, fig. 56), el Códice D.I.20 de la Bodleian Library de Oxford (MERTON, A.: *op. cit.* en nota 22, lám. XV), o el códice ms.Pal.Lat.220 de la Biblioteca Vaticana (BRENK, B.: *Tradition und Neuerung in der christlichen Kunst des ersten Jahrhunderts*, Wien, 1966, fig. 83).

arte grecorromano: lo hallamos, por ejemplo, en el Apocalipsis de Tréveris²⁵ y en el Salterio de Stuttgart²⁶, ambos de la primera mitad del siglo IX.

El avance del dragón románico

Es en las últimas décadas del siglo X, y sobre todo a partir del año 1000, cuando el dragón, dentro del ambiente del renacimiento otomano y del arte anglosajón robustecido, va a despertarse de su letargo invernal y a organizar, a la vez, su expansión iconográfica y su coherencia como especie. Tras pocas décadas de titubeos, pronto se advertirá la substitución de la serpiente por el dragón medieval en las más variadas escenas, y se notará que la raza mejor armada de la especie monstruosa, la más digna de combatir a los héroes y ángeles, la alada y bípeda, tiende a imponerse de forma irresistible, no dejando de la áptera sino ejemplares raros y aislados. Por curioso que parezca, este triunfo revela la genialidad creativa de los miniaturistas británicos de fines del siglo VIII, porque el «dragón románico» por excelencia no es sino el creado por ellos para el Evangelionario de Cutbercht o el códice Barberini Lat. 570: véanse, a título de comparación, los dragones decorativos que pueblan frisos e iniciales en el Salterio de Salisburg, de fines del siglo X²⁷, o en el Evangelionario de Echtenach, de hacia el año 1000²⁸.

Durante la primera mitad del siglo XI, el «dragón románico» afirma su brillante andadura por toda la Europa septentrional: desde los beligerantes monstruos, llenos de arrogancia, que se enfrentan a las fuerzas del Bien en el Apocalipsis de Bamberg²⁹ (figura 4), y que tienen su directo paralelo en el *antependium* áureo de Aquisgrán³⁰, hasta el agotado y triste que se rinde ante la visita de Cristo al Limbo del Salterio Cotton, realizado en Inglaterra h. 1050³¹, pasando por el dragoncillo irritado que, casi como un adorno doméstico, muerde la pata del escritorio o atril de San Marcos en un Evangelionario de Munich de h. 1030³², cabe todo tipo de contextos para estos animales³³.

25 Véase en DURLIAT, M.: *op. cit.* en nota 12, fig. 400. Casi idéntica a alguna miniatura con dragón de este manuscrito es alguna de las que ilustran el Apocalipsis de Cambrai, de la misma época (véase BOINET, A.: *op. cit.* en nota 20, láms. CLIII y CLV).

26 WALD, E.T. de: *The Stuttgart Psalter*, Princeton Univ., 1930, fol. 69v. En este libro hay un curioso dragón marino, con cola de pez, en el fol. 124r.

27 Véase en TALBOT RICE, D.: *English Art. 871-1100*, Oxford, 1952, lám. 78.

28 METZ, P.: *Das Goldene Evangeliarbuch von Echtenach im Germanischen National-Museum zu Nürnberg*, München, 1956, láms. 27-28 y 47-48; DURLIAT, M.: *op. cit.* en nota 12, fig. 552.

29 Esta obra de h. 1020 está publicada por WÖLFFLIN, H.: *Die Bamberger Apokalypse*, München, 1921. Pueden verse algunas de sus miniaturas con dragones (alados o ápteros) en DURLIAT, M.: *op. cit.* en nota 12, lám. 159 y figs. 549 y 552, o en SCHADE, H.: *Dämonen und Monstren*, München, 1962, fig. 2. Por esta misma fecha se advierte algún dragón sin alas en el Salterio de Bodl. MS. Douce 296 (TALBOT RICE, D.: *op. cit.* en nota 27, lám. 75a), por ejemplo.

30 BANGO, I.G.: *El Prerrománico en Europa*, Madrid, s.a. (1991), p. 150, n° 52.

31 Esta obra es también llamada Salterio Tiberius. Véase en BANGO, I.G.: *op. cit.* en nota 30, pp. 104-105, o en DURLIAT, M.: *op. cit.* en nota 12, fig. 634, o en TALBOT RICE, D.: *op. cit.* en nota 27, lám. 83a. En este mismo salterio hay un San Miguel combatiendo con un dragón (WORMALD, F.: *English Drawings of the Tenth and Eleventh Centuries*, London, s.a., lám. 32).

32 Es el Códice lat. 18005 de la Staatsbibliothek de Munich (véase en BOECKLER, A.: *op. cit.* en nota 18, lám. 41).

33 Entre otros muchos ejemplos, véanse las puertas de bronce de la catedral de Hildesheim, fechadas en 1015 (BUSCH, H.: *El arte románico en Alemania*, Barcelona, 1971, fig. 59), o el Salterio inglés MS. Regin. lat. 12 de la Biblioteca Vaticana, de 1025-1050 (WORMALD, F.: *op. cit.* en nota 31, lám. 28b), o el Evangelionario Aureo de Enrique III (med. s. XI), conservado en el Escorial (BOECKLER, A.: *Das Goldene Evangeliarbuch Heinrichs III*, Berlin, 1933, p. 22 ss.), o el Cod. 342 de la Stiftbibliothek de St. Gallen (MERTON, A.: *op. cit.* en nota 22, lám. XLVIII,2).



FIGURA 4. Miniatura con la Huida de la Mujer en el Apocalipsis de Bamberg (h. 1020).

Pronto poblarán múltiples escenas bíblicas, se alojarán de forma definitiva, y sin competencia, bajo los pies de Cristo, o combatirán con todo tipo de ángeles, santos o caballeros³⁴; y también se multiplicará su presencia en los bestiarios miniados, en las arquivoltas de simbolismo moral y en cualquier detalle decorativo.

Pero nosotros no queremos adentrarnos aquí en un mundo tan profuso e inabarcable. Nuestro objetivo no pasaba, en realidad, más allá del estudio de las fases formativas, y la iconografía del dragón queda perfectamente encarrilada en las primeras décadas del siglo XI. A título simbólico, pondremos el punto final en torno al 1050, pues ya por entonces los dragones que se esculpían o pintaban en toda la Europa septentrional seguían patrones muy semejantes, casi

34 Entre las obras más famosas que representan, en el arte románico, el combate de un caballero contra un dragón, cabe resaltar la R mayúscula de un manuscrito de Citeaux (s. XII) conservado en Dijon (Bibl. Ms. 168): allí aparecen un caballero y su escudero enfrentándose a sendos dragones (véase en BOECKLER, A.: *op. cit.* en nota 18, lám. 100). Entre los santos que combaten contra dragones, deben señalarse San Gereón (representado en la capilla de San Norberto, en Xanten; véase PIJOAN, J.: *Summa Artis*, IX, Madrid, 1962, fig. 13) y, lógicamente, San Jorge (su imagen más antigua como matador de un dragón, en la Europa occidental, es el tímpano de la catedral de Ferrara, de med. s. XII; véase *ibidem*, p. 645).

fijos, y esta situación se prolongará prácticamente invariable hasta el primer cuarto del siglo XIII. Sólo variantes menores de la iconografía, como cabezas de leones³⁵, colas rematadas en flores³⁶ o en cabezas³⁷, detalles diversos en orejas y hocicos, etc., pueden añadirse a los matices estilísticos locales o personales para enriquecer el estudio formal del monótono «dragón románico».

La llegada del dragón a la Península Ibérica

Lo que sí nos parece de particular interés, antes de dar por concluido nuestro estudio, es comentar los límites geográficos alcanzados por el dragón a mediados del siglo XI, es decir, antes de que las cruzadas exportasen hasta el otro extremo del Mediterráneo las muestras más variadas de la iconografía románica. Si hacia el año 800 los dragones poblaban las Islas Británicas y la Europa occidental y septentrional hasta los Pirineos y el norte de Italia, ¿cuándo alcanzaron la Europa oriental y el mundo mediterráneo?

Por lo que se refiere a las regiones del este y del sudeste de Europa, es decir, al Imperio Bizantino y su radio de acción cultural, nada diremos, y por dos razones: la primera, porque acabamos de concluir un estudio específico sobre este punto³⁸, y a él enviamos al lector interesado, y la segunda, porque, según se deduce de las conclusiones de esta investigación, el dragón medieval no hace su aparición en estas zonas hasta el siglo XII, y de forma muy puntual y aislada: durante siglos, Bizancio seguirá siendo el más firme bastión del «dragón-serpiente» antiguo.

La Italia meridional, pese a su tradición bizantinizante, está mucho más abierta, y desde pronto, a los vientos del mundo carolingio y románico: en 1021 hallamos incluso un dragón alado —aunque un tanto peculiar— en un manuscrito griego (el Cod.Gr.375 de la Biblioteca Nacional de París) realizado en la escuela de Capua³⁹.

Finalmente, nos queda por tratar España. Por los datos que conocemos, la iconografía del dragón nordeuropeo es escasísima en nuestra península durante el período que nos interesa, y sólo aparece en sus décadas finales. Los pocos dragones que aparecen en el arte hispano hasta mediados del siglo XI parecen traídos directamente del mundo francés, y no llegan a crear escuela en nuestra tierra. Incluso se pregunta uno, ante los contextos en los que aparecen a menudo, si, hasta principios del siglo XI, vinculaban los artistas mozárabes la iconografía del dragón medieval con el propio concepto de «dragón», o si, para ellos, la figura del monstruo carecía de significado preciso.

Esto se advierte en las imágenes de dragones más antiguas que conocemos en nuestra península: las que adornan el Códice Albeldense o Vigiliano del Escorial (figura 5). En este manuscrito, fechado en 976, aparecen, sobre algunas páginas, dragones decorativos enfrentados,

35 Véase GUGLIELMI, N.: *op. cit.* en nota 6, fig. 4 (capitel de la iglesia de San Pedro de Chauvigny) y fig. 86 (relieve procedente de Santa Genoveva, hoy en el Louvre).

36 Véase la miniatura de Dijon citada en nuestra nota 34.

37 Véase un ejemplo en GUGLIELMI, N.: *op. cit.* en nota 6, fig. 85 (dragón en una arquivolta del portal de Chadenac).

38 ELVIRA, M.A.: «La iconografía del dragón en Bizancio», *Erytheia*, 15, 1994, pp. 67-84.

39 Véase en WEITZMANN, K.: *Die byzantinische Buchmalerei des IX. und X. Jahrhunderts*, Berlin, 1935, lám. XCIII, 600).

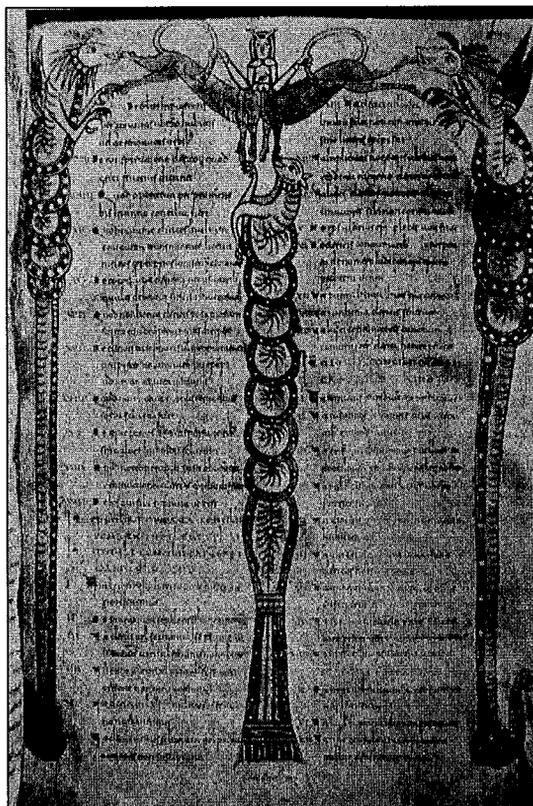


FIGURA 5. Índices del Códice Albeldense del Escorial (fines del s. X).

que forman una especie de marcos para el escrito⁴⁰. Se trata de unos monstruos bípedos y ápteros o alados —con la indecisión normal en el arte europeo de tradición carolingia—, y, contemplándolos, es fácil compartir la opinión común de que su autor, Vigila, fue un extranjero cuyo arte, incluso permeable a lo mozárabe, permaneció como algo insólito en el ambiente hispano.

Es bastante más tarde, ya en pleno siglo XI, cuando volvemos a hallar otros dragones. Nuestros Beatos mantendrán la iconografía del «dragón-serpiente» para el gran monstruo apocalíptico de siete cabezas y para sus congéneres, pero el «dragón románico» llegará a introducirse en un lugar secundario: el Arca de Noé que aparece en el Beato de Fernando I y Doña Sancha (figura 6), obra fechada en 1047⁴¹. Ahora bien, ¿hasta qué punto podemos considerar que este

40 Véase en DOMÍNGUEZ BORDONA, J.: *Exposición de códices miniados españoles*, Madrid, 1929, fig. 17 y pp. 38-39, o en PIJOAN, J.: *Summa Artis*, VIII, Madrid, 1960, fig. 750.

41 ECO, U.: *Beato de Liébana*, Milano/Paris, 1983, p. 87. Este manuscrito se halla en la Bibl. Nac. de Madrid (Vit. 14-2), y la miniatura en cuestión ocupa el folio 109. En otro Beato anterior, el de Gerona (fechado en 975), aparece, en el fol. 106, otro animal monstruoso con ciertos elementos dragoniformes, pero con las dos patas distintas y una cabeza en la cola. Metodológicamente, nos abstendremos de incluirlo en nuestro catálogo (véase en *Sancti Beati a Liebana in Apocalipsin Codex Gerundensis*, Lausanne, 1962).

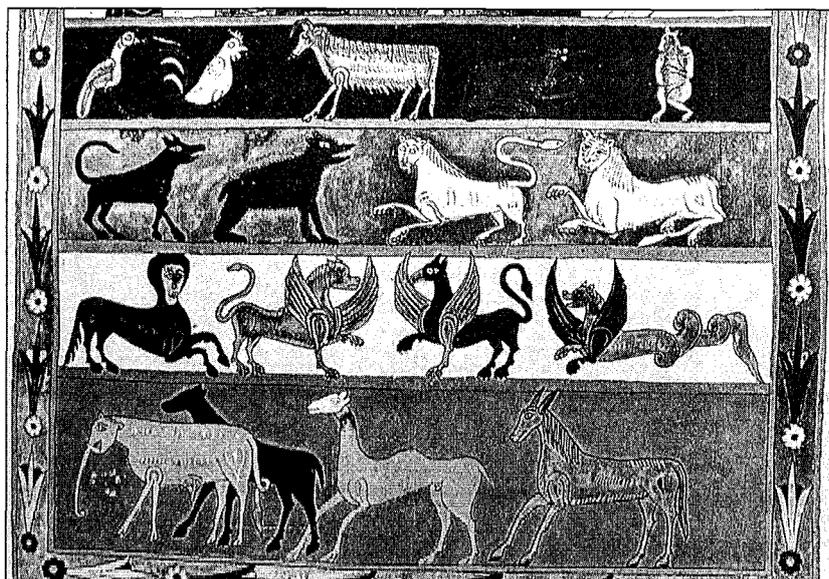


FIGURA 6. Detalle del Arca de Noé en el Beato de Fernando I y Sancha (1047).

monstruo fue identificado como un verdadero dragón, si se le situó dentro del arca como un animal más, aunque fuese en compañía de otros animales fabulosos?⁴²

Sea como fuere, poco después aparecen ya las primeras representaciones en que el dragón cobra, sin duda alguna, todo su sentido y su significado mítico: hacia 1059, el Arca de los Marfiles de San Isidoro, en León, representa a San Miguel abatiendo un dragón aún áptero⁴³, y, por esas mismas fechas, la Biblia de Roda nos muestra, en diversos contextos, dragones bípedos y alados⁴⁴; aunque el cuerpo de estos últimos resulte confuso —el ensanchamiento central parece substituido por un nudo de curvas serpentiformes—, no cabe dudar de que nos hallamos ante la aceptación definitiva del «dragón románico», con todas sus consecuencias. En las décadas posteriores, el monstruo, ya con formas más canónicas, se impondrá por doquier⁴⁵, y ya nada podrá detener su expansión generalizada durante el siglo XII, en plena conexión con el resto de la Europa occidental.

42 Sin embargo, se documenta algún caso aislado en que el dragón aparece en el Arca de Noé: así ocurre, por ejemplo, en el Génesis de Millstatt, de fines del siglo XII (véase en WEITZMANN, K. y KESSLER, H.: *The Cotton Genesis*, Princeton, 1986, fig. 117).

43 Véase, por ejemplo, en *Las edades del hombre*, Salamanca, 1988, pp. 186-187, nº 102.

44 Esta obra está en la Bibl. Nat. de París, Lat. 6. Véase en NEUSS, W.: *Die katalanische Bibelillustration um die Wende des ersten Jahrtausends und die altspanische Buchmalerei*, Bonn/Leipzig, 1922, lám. 34 y 40; AVRIL, F. et alii: *Manuscrits illuminés de la Péninsule Ibérique*, Paris, 1982, p. 31, nº 36 y lám. XVII.

45 Recuérdense, por ejemplo, el *Lectionarium officii* catalán de la Bibl. Nat. de París, Lat. 5302 (AVRIL, F. et alii: *op. cit.* en nota 44, lám. XXII), de la segunda mitad del siglo XI, o el códice llamado *Ars Prisciani*, del Archivo de la Corona de Aragón, en Barcelona (DOMÍNGUEZ BORDONA, J.: *Die spanische Buchmalerei vom siebten bis siebzehnten Jahrhundert*, I, Leipzig, 1930, lám. 43.D), de este mismo siglo.

EL DRAGÓN EN LA LITERATURA DE LOS SIGLOS XI Y XII

Una vez encauzada la iconografía del «dragón románico» en todo el continente, nos gustaría esbozar —y sólo esbozar, porque es un campo que nos supera por completo— un problema complementario: ¿Existen textos de la época que ilustren esta aparición y difusión del dragón medieval? ¿Frente al «dragón-serpiente» de las *Etimologías* y del *Beowulf*, cuándo apareció el nuevo monstruo en el campo de las descripciones literarias?

Si seguimos esa interesante síntesis que es el artículo de I. Malaxecheverría, «El drac en el bestiari medieval»⁴⁶, haciendo las comprobaciones pertinentes en los textos a los que alude, habremos de concluir que no existen textos que describan el dragón como un monstruo durante los siglos que nos han interesado en nuestro estudio. Tan sólo a partir del siglo XII, cuando ya el «dragón románico» está totalmente difundido por las portadas y capiteles de todas las iglesias, decide algún escritor darle el espaldarazo culto que por entonces supone la literatura.

Como bien dice el citado autor, «el primer bestiario que retrata al dragón es el de Philippe de Thaün —hacia 1121-1135—, que no reserva al monstruo una sección aparte, sino que lo describe al referirse a la pantera» (p. 63). Y, en efecto, el texto aludido, que se reproduce unas páginas después (pp. 111-113), dice lo siguiente: «Sólo el dragón siente gran terror al oír el rugido (de la pantera), huye de su olor y se esconde en la tierra... Y sabed que el dragón tiene forma de serpiente; es crestado y alado, tiene dos pies y dientes; se defiende con la cola y hace daño a la gente».

Según parece deducirse de cuanto hemos podido consultar, esta primera descripción del monstruo queda relativamente aislada: sólo un mínimo detalle —la mención del «cuello», que parece implicar la existencia de un cuerpo engrosado— nos permitiría sugerir que el dragón que combate contra un grifo en el *Viaje de San Brandán*, también de principios del siglo XII, es un dragón medieval verdadero: «...llegó un dragón, abrasado con vivas llamaradas. Revolotea, erguido el cuello, alzando el vuelo hacia el grifo... Alto es el grifo, flaco el dragón; fornido es aquél, éste más pujante»⁴⁷.

Tras estos textos, hay que esperar ya a fines del siglo XII para sentir —siquiera sea en simples alusiones— la aceptación de la iconografía artística. Así, en los bestiarios fechables hacia 1200 —que suelen seguir ciegamente las *Etimologías* o el *Fisiólogo*—, pueden aparecer casualmente citadas las «garras grandes»⁴⁸ o las alas⁴⁹. En cuanto a la narrativa épica o cortés de ese mismo momento, asombra comprobar lo parcas que son las descripciones de un animal que nos resulta, a priori, tan sugerente por su carácter monstruoso. En la *Edda Menor*, Fáfñir parece una simple serpiente a la que Sígurd acecha, oculto en un agujero del camino: «Cuando Fáfñir iba reptando hacia el agua y pasó por encima del agujero, Sígurd le clavó su espada y aquello fue su muerte»⁵⁰; y en el *Cantar de los Nibelungos*, la descripción del dragón es aún más escueta, por no decir inexistente⁵¹. En realidad, habrá que esperar a que se desarrolle la novela

46 Artículo publicado en *El drac...* (op. cit. en nota 6), pp. 47-73.

47 BENEDEIT: *El viaje de San Brandán* (trad. y prólogo de LEMARCHAND, M.J.), Madrid, 1983, cap. XXI.

48 *Bestiario* de Guillaume le Normand, citado en *El drac...* (op. cit. en nota 6), p. 118.

49 MALAXECHEVERRÍA, I.: op. cit. en nota 6, p. 50, cita a este respecto la *Carta del Preste Juan*.

50 SNORRI STURLUSON: *Edda Menor* (trad. de LERATE, L.), Madrid, 1984, cap. 40 (citado en *El drac...* (op. cit. en nota 6), p. 115). Se fecha hacia 1200.

51 *El Cantar de los Nibelungos* (trad. e introd. de OESTE DE BOPP, M.), México, 1975, p. 11 (Aventura III) y p. 92 (Aventura XV), citado en *El drac...* (op. cit. en nota 6), pp. 116-117. Se fecha hacia 1200.

cabalresca para que se convierta en un arquetipo la tríada «caballero-dragón-dama», heredera del lejano Perseo y del mucho más próximo San Jorge, y para que las primeras notas descriptivas de la escena, elaboradas por Thomas a fines del siglo XII en su *Tristan*, se desarrollen con la fastuosa fantasía de los siglos del gótico.